

ARTHUR SCHOPENHAUER: METAFÍSICA DE LA VOLUNTAD

Martín López Corredoira

Abreviaturas bibliográficas:

[CAS]: *Conversaciones con Arthur Schopenhauer* (Moreno Claros, 2016).

[MVR]: *El mundo como voluntad y representación*, A. Schopenhauer.

[VN]: *Voluntad en la naturaleza*, A. Schopenhauer.

[DPFE]: *Los dos problemas fundamentales de la ética*, A. Schopenhauer.

[PP]: *Parerga y Paralipómena.*, A. Schopenhauer.

Schopenhauer y su obra

Arthur Schopenhauer (1788-1860) es una de las figuras más importantes de la filosofía y de la prosa alemanas del s. XIX. Fue filósofo académico, Doctor por la Universidad de Jena, y llegó a ejercer como profesor universitario de Filosofía, aunque no tuvo un salario como tal, sino que fue admitido como docente sin contrato en la Universidad de Berlín, pudiendo usar sus aulas para cobrar por sus lecciones directamente a sus alumnos.¹ Allí competía con Hegel y secuaces por la atención de sus alumnos, con poco éxito. Pronto se desencantaría de sus andanzas académicas y se dedicaría a la filosofía como librepensador, desde una holgada posición económica viviendo de las rentas que heredó de su padre, un rico comerciante. Es en esta libertad donde se jactaba de encontrar el verdadero camino del pensamiento:

Como consecuencia de todo esto, quien no aspire a una filosofía de Estado y una filosofía de broma sino al conocimiento y, por tanto, a la búsqueda de la verdad tomada en serio y sin consideraciones, tendrá que buscarla en cualquier parte antes que en las universidades, donde su hermana, la filosofía *ad normam conventionis*, ejerce el mando y escribe el menú. (PP, parte I, cap. 3)

Tomada en conjunto, la estabulación² de las cátedras es lo más apropiado para los rumiantes. En cambio, los que reciben su presa de manos de la naturaleza se encuentran mejor en libertad. (PP, parte II, cap. 21)

Aunque no perteneció a ninguna escuela de pensamiento ni surgió de su filosofía ningún discípulo directo, se ha nutrido de enseñanzas de varios filósofos clásicos que le precedieron, y ha tenido una gran influencia posterior. En especial los idealismos de Platón y Kant y las

¹ Moreno Claros (2016, “Introducción”) [CAS].

² Referente a “establo”, donde se encuentra el pasto para los rumiantes.

filosofías orientales relacionadas con el budismo y los vedas en la India ejercieron una notable influencia en su pensamiento, aunque la amplia cultura de Schopenhauer así como sus aptitudes políglotas (hablaba o leía perfectamente varios idiomas: alemán, francés, inglés, italiano y latín, y tenía amplios conocimientos de griego y español) le hicieron conocedor de muchas fuentes que utilizó en sus propios desarrollos intelectuales.

Su pensamiento se ha visto plasmado en varias obras filosóficas escritas a lo largo de su vida, siendo las más notables *El mundo como voluntad y representación* (MVR; *Die Welt als Wille und Vorstellung*), publicada cuando tenía 31 años y que consideraba su obra principal, donde da su solución al gran enigma de la existencia volcando su sistema metafísico del mundo y las enseñanzas derivadas; y *Parerga y Paralipómena* (PP; *Parerga und Paralipomena. Kleine philosophische Schriften*), obra de un Schopenhauer maduro, publicada en su primera edición cuando tenía 63 años, de menos profundidades teóricas metafísicas y más volcada a la filosofía práctica, con la que obtendría el reconocimiento que le había sido negado hasta entonces.

Schopenhauer es un pensador dentro de la gran tradición que aspira a sistemas globales que dan cuenta de todo lo existente y su aplicación a nuestra conducta, filosofía teórica y práctica, el ser y el deber ser. No es un especialista «filósofo de ...», común en la pequeñez de nuestros actuales humanistas. Para él,

La filosofía es hasta tal punto una totalidad conexa, en que es imposible exponer exhaustivamente cualquiera de sus partes sin adjuntar todo lo demás [...] Metafísica de la naturaleza, metafísica de las costumbres y metafísica de lo bello se suponen recíprocamente; y sólo en su conexión mutua completan la explicación de la esencia de las cosas y de la existencia en general (DPFE, *Sobre el fundamento de la moral*, I).

Hablar aquí sobre las enseñanzas de Schopenhauer supone en cierta medida hacer traición a lo que él aconsejaba. Para el pensador alemán, sobran los biógrafos, comentaristas y doxógrafos de la filosofía, lo que hay que hacer es estimular a las personas para que lean los textos originales o traducidos de los clásicos, y no prestar atención a lo que algunas mentes pequeñas han podido comprender de aquellos. Decía,

...el que se sienta poseído del amor a la filosofía debe buscar a sus inmortales maestros en el sagrario de las obras mismas. La lectura directa de uno cualquiera de sus capítulos nos será cien veces más provechosa que todos esos resúmenes lánguidos y equívocos hechos por plumas vulgares que todos los días llegan a nuestras manos y que están cortados por el patrón de la moda filosófica o influidos por una opinión personal. Pero es asombroso ver cómo el público prefiere estas exposiciones de segunda mano. En esto parece que interviene una afinidad electiva, por la cual las naturalezas vulgares se

sienten atraídas por sus iguales y prefieren oír de boca de éstos el pensamiento de un gran ingenio. (MVR, Prólogo 2ª. edición 1844)

Estoy de acuerdo, y animo al lector de este capítulo a imbuirse en la lectura de las obras de Schopenhauer, que sin duda será más provechoso que lo que yo pueda ofrecer aquí, con mis propios distorsiones y sesgos. En cualquier caso, si con estas breves páginas despierto el gusanillo, y animo al lector a ir a las fuentes, olvidándose de las disquisiciones aquí presentes, podré quedarme satisfecho de mi labor de *correveidile*.

Interacción entre materia y espíritu

Ante la pregunta de qué ideas puede aportarnos Schopenhauer sobre la interacción entre materia y espíritu, tema del presente curso, hay que señalar en primer lugar que estos términos o lo que usualmente se entiende por los mismos —*materia* como la dimensión naturalizable, esto es, explicable con los medios de las ciencias naturales, de las sustancias inmersas en el espacio-tiempo, y el *espíritu* como las sustancias que puedan estar más allá del espacio-tiempo— no caben como tales en su sistema. Si bien cabe quizá considerar en su metafísica una exposición equivalente a la que implican estos términos.

No estamos aquí ante una visión cristiana o cartesiana de la división del cuerpo y el alma y su correspondiente interacción. Más bien, cabe hablar de una única sustancia, un monismo, que trasciende lo material o naturalizable, pero que no es puro espíritu o idea tampoco. No hay interacción entre dos mundos, solo un mundo que es.

Su visión del mundo es como representación y como voluntad. En la representación, al estilo kantiano, el sujeto percibe los objetos de una realidad que nos es inaccesible, una *cosa en sí* que diría Kant y a la que Schopenhauer denominó *voluntad*. En la medida en que reconoce un sujeto que percibe y se forma representaciones se podría ver la existencia de algo emparentado con lo no-natural o espíritu, mas el sustrato que sustenta la existencia de ese sujeto cognoscente no es algo separado del resto del mundo, la voluntad, y ésta no sería ni materia ni espíritu universal sino ambas cosas al mismo tiempo.

Sobre la materia y su relación con el espacio y el tiempo nos dice:

La materia nace de la unión del tiempo con el espacio, pues no es sino la posibilidad de la coexistencia y con ésta de la duración, que a su vez hace posible la permanencia de la sustancia a pesar del cambio de estados. Y por consistir la materia en la unión del tiempo y el espacio, lleva en sí la marca de ambos. (MVR, libro I, cap. 4)

Pero matiza que, al igual que para Kant, espacio y tiempo y causalidad son formas a priori del conocimiento y no existen en la cosa en sí o en lo que Schopenhauer llama voluntad.

...tiempo, espacio y causalidad no convienen a la cosa en sí, sino que sólo son formas del conocer. (MVR, libro II, cap. 23)

Así pues, la materia lleva la marca del espacio y el tiempo en nuestra representación de la misma, pero no se halla esa marca ontológicamente en ella.

Cabe y ha habido algunas interpretaciones materialistas de la voluntad schopenhaueriana. Su expresión «voluntad de la naturaleza» (VN) podría verse como una tautología en tanto que la voluntad es la naturaleza y la naturaleza es voluntad, vistos desde distintas perspectivas. «Lo que desde el punto de vista objetivo es materia, desde el subjetivo es voluntad» (PP, parte II, cap. 6) —nos dice. Sin embargo, no es una naturaleza gobernada por leyes naturales racionales, no es un mecanicismo dominado por la necesidad y el azar, tal y como nos ilustran las ciencias, sino que hay en ella un algo irracional que la caracteriza, y aunque la regularidad de ciertos fenómenos pueda venir dada por un orden lógico en el que se fundamentan las ciencias, el fondo de la cuestión, metafísica, se escapa de lo naturalizable por las ciencias.

...sobre la esencia interior del fenómeno no nos dan estas ciencias la menor noticia. Esta esencia interior es denominada fuerza natural y está completamente fuera de la explicación etiológica (MVR, libro II, cap. 17)

Se distancia del materialismo, al que consideraba torpe y grosero (VN, Prólogo), y habla de una voluntad movida por un querer irracional. Explícitamente, Schopenhauer manifiesta también en varios textos su desdén por las ideas materialistas, incapaces de ver según él lo esencial de la naturaleza=voluntad (VN), y la futilidad de toda discusión en torno a la manida disputa sobre la interacción cuerpo y alma.

Como resultado del resurgimiento del antiguo y ya cien veces explotado materialismo, han salido filósofos de la farmacia y el hospital; gente que ha aprendido más de lo que corresponde a su profesión y que ahora, con total inocencia y honradez, como si Kant estuviera aún por nacer, exponen sus especulaciones de vieja, disputan sobre «cuerpo y alma» y sus relaciones mutuas, e incluso (credite posteri!³) demuestran que el asiento de la mencionada alma está en el cerebro. Su atrevimiento merece la reprimenda de que uno tiene que haber aprendido algo para poder tomar parte en una discusión, y sería más prudente que no se expusieran a desagradables alusiones a los emplastos y el catecismo. (PP, parte I, cap. 2)

³ «¡Créelo, posteridad!», Horacio, Carmina II, 19.

No menor que su desdén hacia el materialismo científico, al que denomina filosofía de farmacia, sería el desdén de este filósofo hacia el espiritualismo derivado del catecismo y la metafísica cristianos. No esconde su ateísmo, a diferencia de muchos de sus filósofos contemporáneos, aunque sí admiraría el ascetismo monacal y otros preceptos de la ética cristiana. Ya siendo un joven estudiante sintió repulsa por los filósofos que se inclinaban a la religión para argumentar su metafísica, como Schleiermacher, uno de sus profesores de filosofía, sobre el cual escribe en sus apuntes de estas clases: «¡Sé religioso y reza, pero si eres filósofo piensa!» (CAS, «Introducción»). El profesor de Filosofía Julius Baumann, quien conoció al filósofo, escribió que en una ocasión Schopenhauer le contó que un domingo, viendo cómo la gente acudía en tropel a misa, exclamó: «¡Mirad cómo corren estas buenas gentes a dar gracias al buen Dios que les manda hambrunas, guerras y pestilencias!» (CAS, «Recuerdos del profesor de Filosofía Julius Baumann»).

Refutación del libre albedrío y el principio de individuación

Antes de entrar en más detalles sobre su mundo como representación y voluntad, cabe señalar aquí dos elementos relevantes de la filosofía de este autor: la negación del libre albedrío (o libertad moral) y la negación del principio de individuación.

Schopenhauer afirmaba que el problema de la libertad está en saber si podemos querer lo que queremos, si somos libres queriendo, si podemos querer lo que queremos y querer lo que queremos querer, y así hasta el infinito. Una voluntad libre sería aquella que no depende de ninguna razón, que no fuese determinada por nada de acuerdo con regla alguna. Puedo hacer lo que quiero *si quiero*; he ahí la cuestión: el origen del querer. Para Schopenhauer todo en los individuos viene dado como un acto de la voluntad, cada acto de la voluntad se corresponde con un acto del cuerpo. La libertad moral o libre albedrío no existe.

...pensemos en un hombre que, estando en la calle, se dijera: ‘Son las 6 de la tarde, la jornada de trabajo ha terminado. Ahora puedo dar un paseo; o puedo ir al club; puedo también subir a la torre, a ver ponerse el sol; también puedo ir al teatro; y puedo visitar a este o aquel amigo; puedo también bajar hacia la puerta de la ciudad, hasta el ancho mundo, y no volver nunca. Todo eso depende sólo de mí, tengo total libertad para ello; sin embargo, ahora no hago nada de eso sino que, igual de voluntariamente, me voy a casa con mi mujer’. Esto es exactamente igual que si el agua dijera: ‘Puedo formar altas olas (¡sí! en el mar y la tempestad); puedo bajar impetuosa (¡sí! en el cauce de la corriente); puedo precipitarme espumosa y burbujeante (¡sí! en la cascada); puedo subir libre hasta el aire en forma de chorro (¡sí! en los surtidores); puedo, en fin, cocer y

desaparecer (¡sí! a 80 grados⁴ de calor); sin embargo, ahora no hago nada de todo eso sino que me quedo voluntariamente quieta y clara en el especular estanque'. Así como el agua sólo puede hacer todo aquello cuando se producen las causas determinantes de una cosa o la otra, igualmente aquel hombre no puede hacer lo que imagina poder más que bajo la misma condición.(...) Volvamos ahora a aquel hombre presentado que deliberaba a las 6, y supongamos que se da cuenta de que yo estoy ante él, que filósofo sobre él y niego su libertad para todas aquellas acciones posibles para él; entonces podría fácilmente ocurrir que él, para rebatirme, ejecutara una de ellas: pero entonces, habría sido precisamente mi negación y su efecto sobre su espíritu de contradicción el motivo que le forzase a ello. (DPFE, *Sobre la libertad de la voluntad*, III)

No es necesario comentar lo que significan estas palabras tan claras, creo que se explican por sí solas. Nos dicen que el querer no lo controla el propio individuo, que «puedo querer lo que quiero» no contiene nada. Ser libre y ser algo (ser una creación de Dios o de la naturaleza) son dos cosas excluyentes, contradictorias (PP, parte I, cap. 2). Si se es un producto de la naturaleza, no se puede estar desligado de la misma, no se puede estar y no estar en la naturaleza al mismo tiempo, y, evidentemente, nosotros estamos en la naturaleza. La Naturaleza es libre de ejecutar sus actos en nuestros cuerpos, pero los individuos no poseen tal libertad o independencia. Rechaza Schopenhauer la idea del principio de individuación o *principium individuationis*. Los individuos son como las hojas del árbol. ¿Por qué preocuparse cuando una hoja cae si sabemos que nacerán otras? Las hojas dirían si pensaran y hablasen: «¡Quiero vivir! No quiero caer del árbol». No saben estas hojitas que la vida que cuenta es la del árbol y no la de su individuación. Tras esas hojas vendrán otras que sustituirán a las primeras. La vida sigue y los individuos no son nada. No hay un espíritu libre e independiente en cada ser humano, solo existe el todo, para el cual no hay ni comienzo ni fin.

...el mundo todo con la universalidad de sus fenómenos, no es otra cosa que la voluntad una e indivisible que se conduce con todas las demás ideas como la armonía con las voces aisladas. (MVR, libro II, cap. 28)

...el continuo nacimiento de nuevos seres y la aniquilación de los existentes se han de ver como una ilusión. (PP, parte II, cap. 10)

Conforme a todo ello, la vida puede verse como un sueño, y la muerte, como el despertar. (PP, parte II, cap. 10)

⁴ Temperatura de ebullición del agua en el sistema Réaumur, hoy en desuso, equivalente a 100 grados centígrados.

...podemos considerar a cada hombre desde dos puntos de vista contrapuestos: desde uno de ellos, es el individuo que comienza y termina en el tiempo y se precipita fugazmente, σκιάς ὄνoς (el sueño de una sombra), pero además seriamente afectado de defectos y dolores; — desde el otro, es el indestructible ser originario que se objetiva en todo lo existente y, en cuanto tal, puede decir lo que la imagen de Isis en Sais: ἐγὼ εἰμι πᾶν το γέγονος, καὶ ον, καὶ ἐσόμενον ('Yo soy todo lo que era, es y será'). (...) Conciliar todas esas oposiciones es propiamente el tema de la filosofía. (PP, parte II, cap. 10)

Pensaba Schopenhauer que toda idea de individuación, la creencia de que uno es parte separada del Universo, surge del egoísmo y la maldad de los hombres; mientras que de la creencia contraria surge el desinterés por lo propio, la compasión hacia el resto de los seres vivos y las buenas acciones para con los demás. El pensador germano denota su influencia de tradición oriental que se expresa en máximas como: causar sufrimiento ajeno es causar sufrimiento sobre ti mismo, porque el otro no es diferente de ti.

El mundo como representación

Al principio de su obra *El mundo como voluntad y representación* (MVR) nos dice Schopenhauer:

...el universo entero, no es objeto más que para un sujeto, percepción del que percibe; en una palabra: representación” (MVR, libro I, cap. 1)

Parte de esta idea del criticismo en el idealismo alemán que niega la existencia de una realidad independiente del sujeto. El mundo como representación aparece al abrirse el primer ojo; sin este medio no puede existir el conocimiento; por consiguiente, tampoco era anteriormente. Pero sin aquel ojo, es decir, fuera del conocimiento, no hay antes ni después, no hay tiempo.

Representación es conocimiento sin placer ni dolor. Otras sensaciones nos llegan del exterior, pero éstas ya no son representación sino objetivación de la voluntad. Atribuye Schopenhauer a este mundo de la representación un carácter positivo, del ser en contraposición a la nada, y que en su ascetismo lejano de pasiones humanas como conciencia del sujeto puro del conocimiento se aleja de la voluntad que nos arrastra, en la que centra su pesimismo.

El mundo como voluntad

Partiendo de la idea kantiana de que sabemos que las cosas existen pero no sabemos lo que son, que hay fuera de nuestra mente una cosa en sí desprovista de temporalidad, espacialidad y

relaciones causales, Schopenhauer se proclama como conocedor de esa cosa en sí, a la que llama *voluntad*.

...si hago abstracción de mi carácter y me pregunto por qué quiero o no quiero esto, no encuentro respuesta posible, porque precisamente lo único que está subordinado al principio de razón es el fenómeno de la voluntad, pero no ella misma, que en sí carece de razón. (MVR, libro II, cap. 20)

Por consiguiente, si bien cada acción, bajo el supuesto de un determinado carácter, se sigue necesariamente de motivos dados, y el crecimiento, la nutrición y todos los cambios del cuerpo animal se producen por un concurso necesario de causas (estímulos); sin embargo, toda la serie de actos y, por consiguiente, también cada uno de éstos y asimismo su condición, el cuerpo mismo todo entero que los realiza, y por último, el proceso por el cual y en el cual consiste, no es otra cosa que la manifestación de la voluntad, el hacerse visible la objetivación de la voluntad. (MVR, libro II, cap. 20)

Y no sólo reconocerá esta propia esencia, la voluntad, en los fenómenos semejantes al suyo, como los demás hombres y los animales, sino que una reflexión sostenida le convencerá de que la fuerza que palpita en las plantas y los vegetales y aun la que da cohesión al cristal, la que hace girar a la aguja magnética hacia el polo Norte, aquella que brota al contacto de metales heterogéneos, la que se revela en las afinidades de los átomos como fuerza de atracción y repulsión, de unión y separación y hasta, en último término, la pesantez que tan poderosa se manifiesta en toda clase de materia y que atrae la piedra hacia la tierra y la tierra hacia el sol, todas estas cosas que sólo son diferentes en cuanto a fenómenos pero que esencialmente son lo mismo, son aquello mismo que él conoce inmediatamente de modo tan íntimo y superior a todo lo demás, por muy claro que aparezca, y se llama voluntad. (...) Sólo la voluntad es cosa en sí. (MVR, libro II, cap. 21)

La voluntad es lo primero. El conocimiento, es algo que se añade, siendo un nuevo instrumento al servicio de la manifestación de la voluntad (MVR, libro IV, cap. 55). Sin voluntad no hay representación y el universo desaparece (MVR, libro IV, cap. 71). Así pues, «el querer precede a todo, pues las fuerzas de la razón son siervas del querer» (PP, parte I, cap. 2, parafraseando a Clemente de Alejandría).

Esta voluntad sabe siempre, cuando el entendimiento la asiste, lo que quiere en un momento y un lugar determinado, pero nunca lo que quiere en general. Cada acto concreto tiene su fin, pero la voluntad en general no tiene ninguno, del mismo modo que cada fenómeno natural es

determinado a aparecer en un cierto momento o en un cierto lugar por una causa suficiente; pero la fuerza que en el fenómeno se manifiesta no la tiene, porque es un grado de objetivación de la voluntad, o sea de la cosa en sí, que carece de causa (MVR libro II, cap. 29).

Esa voluntad se manifiesta —según Schopenhauer— en las fuerzas de la naturaleza, en los instintos animales, en las tendencias de las distintas partes de la naturaleza de aproximarse o alejarse. La fuerza de la gravedad es una inclinación o deseo común a todos los cuerpos. La gravedad, la solidez, la impenetrabilidad, son fuerzas primordiales, inexplicadas; la mecánica expuesta por las ciencias físicas no nos enseña más que las condiciones bajo las cuales se manifiestan estas fuerzas y la manera cómo obran y dominan una materia determinada en un tiempo y lugar determinados. La fuerza en sí es manifestación de la voluntad y como tal no está sujeta a la forma del principio de razón, carece de causa. Cada fuerza de la naturaleza no es otra cosa en su esencia interior que la objetivación de la voluntad en un grado inferior (MVR libro II, cap. 26).

La electricidad y el magnetismo, las fuerzas derivadas de las interacciones químicas en nuestros cuerpos objetivan la voluntad. De aquí se deduce que el organismo sería un compuesto fortuito producido por la acción compleja de estas fuerzas, como las figuras de hombres y animales que dibujan las nubes o se forman en las estalactitas. La vida, o sea la objetivación de la voluntad, está integrada en la lucha entre la atracción y la repulsión (MVR, libro II, cap. 27). La fuerza vital es directamente idéntica a la voluntad (PP, parte II, cap. 6). Todas las partes de la naturaleza tienden unas hacia las otras, porque lo que en todas ellas aparece es una sola voluntad (MVR, libro II, cap. 28).

En el animal vemos la voluntad de vivir más al desnudo que en el hombre, en el cual está como disimulada por el conocimiento del mundo que tiene y cuya capacidad para fingir consigue ocultarla de tal modo, que su verdadero ser no sale al exterior más que casualmente y por algunos momentos (MVR, libro II, cap. 28).

En cierto modo, la filosofía de Schopenhauer se anticipa a Darwin en muchos aspectos,⁵ pero con un lenguaje propio o adaptado de la filosofía kantiana o basado en filosofías orientales:

La naturaleza, cuya esencia íntima es la voluntad de vivir, aguijonea constantemente con todas sus fuerzas al hombre para que se reproduzca. Y una vez que ha obtenido de él lo que quiere, le abandona indiferente a su propia destrucción, pues como voluntad de vivir no se interesa más que por la conservación de la especie, no del individuo, que no es nada para ella. (...) las partes genitales son el punto de incandescencia de la voluntad, y el polo opuesto del cerebro, que representa la inteligencia, es decir, la otra faz del mundo, el mundo como representación. (MVR, libro IV, cap. 60)

⁵ Ideas similares han sido también expuestas hace medio siglo por el biólogo Richard Dawkins en su obra *El gen egoísta*.

El signo de la continua existencia de la voluntad de vivir en el tiempo, pese al incremento de la iluminación del entendimiento, es el coito: el signo de la luz del conocimiento que, en su grado máximo de claridad, vuelve a acompañar a esa voluntad abriéndole la posibilidad de la salvación, es la renovada encarnación humana de la voluntad de vivir. (PP, parte II, cap. 14)

También, como señalara el sociólogo alemán Toennies, quien sentía predilección por Schopenhauer, la vida social es, ante todo, una manifestación de esta voluntad. Cada individuo —dice Schopenhauer—, cada rostro humano, no es más que un breve ensueño de la eterna voluntad de vivir,⁶ del genio inmortal de la naturaleza. El mundo no es más que el espejo de esta voluntad; toda su imperfección, todos sus dolores y tormentos, pertenecen a la expresión de lo que la voluntad se propone, y es como es porque ella lo quiere.

La música es una objetivación tan inmediata y una imagen tan acabada de la voluntad como el mundo mismo. La música no es, en modo alguno, la copia de las Ideas, sino de la voluntad misma, cuya objetividad está constituida por las Ideas; por esto mismo, el efecto de la música es mucho más poderoso y penetrante que el de otras artes, pues éstas sólo nos reproducen sombras, mientras que la música nos muestra esencias (MVR, libro III, cap. 52).

La forma del fenómeno de la voluntad, es decir, la forma de la vida o de la realidad, es propiamente lo presente y no lo futuro ni lo pasado, que no existen más que para el concepto y por el encadenamiento de la conciencia sometida al principio de la razón. En el pasado no ha vivido nadie, ni en el porvenir tampoco; sólo el presente constituye la verdadera vida. La voluntad en sí y el sujeto puro del conocimiento, ojo eterno del mundo, existen fuera del tiempo y no conocen ni la permanencia ni la destrucción, que es el lenguaje del tiempo. La cosa en sí es voluntad que se manifiesta en todas partes y la muerte viene a desvanecer esa ilusión que le hace creer que su conciencia es distinta de la conciencia universal: en esto consiste su eternidad (MVR, libro IV, cap. 54).

Para la voluntad de la naturaleza no importan los individuos, sino el conjunto de los mismos, aunque es a través de éstos por los que la voluntad de la naturaleza toma conciencia de sí misma. Con la muerte se extingue la conciencia, que es un medio de información para colaborar en las necesidades del ser animal (PP, parte II, cap. 10). La voluntad sería, según él, la causa de todo movimiento, tanto en los seres vivos, que se mueven por sí mismos, como en los objetos, que reciben impulso externo; la voluntad es el motor de todo cambio en el Universo.

⁶ Para Philipp Mainländer, seguidor de Schopenhauer que ejercería una importante influencia sobre Nietzsche, 'voluntad de vivir' es una tautología y una aclaración, pues la vida no puede separarse de la voluntad, ni siquiera en el pensamiento más abstracto: allí donde se encuentra la voluntad está la vida, y donde hay vida hay voluntad. No obstante, Schopenhauer daría en su voluntad de la naturaleza una visión más amplia que la vida biológica.

La voluntad se contempla siempre a sí misma en la multiplicidad de los individuos. Pero esta multiplicidad no se refiere a la voluntad en sí, sino solamente a sus fenómenos. En cada una de sus manifestaciones la voluntad se da entera e indivisa y en torno suyo se ve la imagen repetida hasta lo infinito de su propio ser. Cada individuo ve en sí toda la voluntad y toda la representación, los demás sólo le son dados como mera representación; de aquí que su propia existencia y conservación le importen más que la de todos los demás seres juntos (MVR, libro II, cap. 61).

No son el dolor y placer representaciones, sino afecciones inmediatas de la voluntad en su fenómeno (MVR, libro II, cap. 18). La voluntad es el conocimiento *a priori* del cuerpo, y el cuerpo, el conocimiento *a posteriori* de la voluntad. El dolor surge cuando se es contrario a la voluntad, el bienestar, el placer, cuando se está conforme a ella.

...lo bueno es, por su concepto mismo, algo *τὼν πρὸς τι*, es decir, algo relativo, pues depende de su relación con una voluntad particular. Una cosa *absolutamente buena* sería, pues, una contradicción; el sumo bien, «*summum bonum*», significa lo mismo, a saber: una satisfacción final de la voluntad después de la cual no le quedaría a ésta nada que desear, (...) Es tan imposible que la voluntad pueda dejar de querer, como que el tiempo empiece o acabe. (MVR, libro IV, cap. 65)

Nuestro cerebro se hace consciente de la relación de los dolores con los deseos de la voluntad de la Naturaleza, lo que hace a Schopenhauer defender una visión trágica de la existencia que le haría pasar a la Historia como el filósofo del pesimismo. La intensidad del querer consciente en los seres humanos es fuente de dolor, dado que todo querer nace de la carencia de algo, y ese querer es manifestación de una voluntad insaciable. Entonces, todo dolor proviene de ésta. A partir de aquí, ha de construir Schopenhauer una ética basada en la renuncia, la vida ascética que reniega de la voluntad de vivir. Considera la esencia de la santidad a la renuncia de sí mismo, de la mortificación voluntaria y del ascetismo, en la negación de la voluntad de vivir (MVR, libro IV, cap. 68). Esta ética tiene influencias de las filosofías orientales, que Schopenhauer conocía bien. Concretamente de la idea hindú que busca el abatimiento de la personalidad; el nirvana, la destrucción del deseo, la entrega de la voluntad.

La vulgaridad consiste en el fondo en que en la conciencia el querer prevalece totalmente sobre el conocer. (PP, parte I, cap. 6)

Si ante los ojos de un hombre se descorre el velo de Maya y se penetra más allá del *principium individuationis*, de modo que toda distinción entre los individuos queda borrada; cuando el hombre toma parte en los dolores ajenos, llegando no sólo a la

suprema piedad, sino hasta el sacrificio por salvar a muchos, este hombre, que se reconoce en todos los seres y que descubre su esencia íntima y verdadera en todas las criaturas, deberá imaginar también como propios los padecimientos de todo ser vivo, apropiándose así el dolor universal. (...) Tan pronto como aparece este conocimiento, la voluntad se aparta de la existencia, cuyos goces le causan horror, pues en ellos reconoce la afirmación de la vida. El hombre llega entonces a un estado de renuncia voluntario, a la resignación, al quietismo absoluto y al completo aniquilamiento de la voluntad. (MVR, libro IV, cap. 68)

¡Miseria!, ¡dolor!, ¿por qué? No es nada personal, no tiene nada que ver tampoco con ningún pecado original que tengamos que pagar. La vida es un continuo querer sin motivo, un luchar de continuo para luego morir. Dado que todo querer implica sufrimiento, toda vida contiene dolor. El mundo no es más que el espejo de esta voluntad, y toda su imperfección, todos sus dolores y tormentos pertenecen a la expresión de lo que la voluntad se propone y es como es, porque ella lo quiere (MVR, libro IV, cap. 63). La esencia de este mundo es el dolor. Así se manifiesta la Naturaleza.

El pesimismo se traduce también en que la miseria de la existencia de las sociedades humanas es fatal e inevitable:

Se maldice a los gobiernos sin cesar, como si los gobiernos tuvieran la culpa de toda la miseria. No, la miseria es consecuencia irremediable de la naturaleza humana. El ser humano está predestinado a la miseria por su *voluntad*. (CAS, conv. con Julius Frauenstädt)

Schopenhauer hoy

La influencia del filósofo sobre posteriores pensadores o intelectuales de diversa índole ha sido enorme. Si bien no ha hallado hasta recientemente un espacio preferente en los departamentos universitarios de filosofía, sí lo ha encontrado en el pensamiento de occidente desde mediados del s. XIX. Habita pues su filosofía donde Schopenhauer quería que estuviese, lejos de los establos de los rumiantes y cercana al pensamiento vivo que representa una cultura.

Son innumerables los filósofos, artistas, escritores, etc. que han leído a Schopenhauer con admiración y han tenido una notable influencia del mismo en los últimos 164 años, transcurridos desde su muerte. La idea de la *voluntad de vivir* en Nietzsche bebe en gran medida de la idea de *voluntad* de Schopenhauer, aunque con matices vitalistas propios y alejándose del pesimismo de Schopenhauer. Freud, padre del psicoanálisis, debe mucho de su idea del inconsciente a esa inspiradora idea de voluntad schopenhaueriana. Wagner, Spengler,... el mundo cultural de habla alemana previo a la Segunda Guerra Mundial que giraba en torno al

pesimismo cultural y las fuerzas irracionales en el devenir de la existencia, beberían de la influencia romántica de Schopenhauer.

La filosofía del autor del *mundo como representación y voluntad* ha despertado también numerosos recelos y desdenes, han sido numerosas las críticas, aunque no todas tienen la misma contundencia. Mientras que las críticas de su comprensión de la naturaleza pueden estar bien hiladas en términos científicos, las apreciaciones sobre su pesimismo en lo que cabe llamar filosofía de la vida son más cuestión de gustos y modas y corrección política en nuestros tiempos dominados por corrientes anglosajonas, feminismos, academicismo y otros elementos ajenos a la tradición cultural romántica alemana.

Tiene Schopenhauer notables fallos en su modo de entender la naturaleza, la vida. Así, situaba el inconsciente fuera del cerebro (VN, «Fisiología y patología»), pensaba ver detrás de las erróneas ideas evolutivas de Lamarck una manifestación de la voluntad de la Naturaleza (VN, «Anatomía comparada»). Pensaba también que la materia orgánica viva y la materia inorgánica estaban claramente separadas. Errores propios de la ciencia de su época; pues fue a lo largo del s. XIX cuando se desarrollarían los conocimientos que permitirían superar tales prejuicios. También cometía otros errores este filósofo que mayormente la ciencia de su época había superado, como la creencia en el magnetismo animal, las curas por simpatía, la magia, y otras supersticiones (VN, «Magnetismo animal y magia»).

En el capítulo 6 de la parte II de su *Parerga y Paralipómena* se ofrece un tratado sobre todas las ciencias naturales conocidas en la época (física, astronomía, biología, medicina, psiquiatría,...) con la superficialidad propia de un *amateur*, a veces con conjeturas propias de un *crackpot*. En el tema de su defensa del vitalismo, vemos un Schopenhauer anclado en la ignorancia, arremetiendo contra una visión de la ciencia que no entiende. También creía en premoniciones y fantasmas (PP, Parte I, caps. 4, 5): Schopenhauer cree que los sueños reflejan parte de la realidad pasada, presente o futura: «dado que hemos conocido la voluntad en cuanto esa cosa en sí, tenemos motivos para suponer que en ella se fundan también los fenómenos espectrales igual que los corpóreos» (PP, Parte I, cap. 5).

Más allá de su visión del ser, su visión pesimista misántropa ha sido objeto de admiración o burla. Bernard Shaw —pensador y dramaturgo irlandés, s. XIX-XX, que continúa la línea filosófica de Nietzsche en obras como *Hombre y superhombre*, *La comandante Bárbara*, etc.—, dice en su obra *Breviario de Ibsen* que leyendo a Schopenhauer se puede muy bien admitir su filosofía pesimista aun rechazando sus ideas metafísicas. Para otros, el pesimismo de Schopenhauer resulta incómodo cuando no ofensivo u obsceno, en especial en lo que se refiere a algunas vacas sagradas de nuestros tiempos, incluyendo la adoración de lo femenino.

No son el tema de la mujer y los amoríos un asunto menor en la filosofía pesimista de Schopenhauer. El centro de su sistema, la voluntad, se vincula al deseo, a los impulsos que la naturaleza imprime en sus seres, nublando su conciencia para acometer la objetivación de la

voluntad. El deseo sexual es el ejemplo por antonomasia de tal objetivación en los seres humanos, y el papel de seductora que la naturaleza da a la condición femenina humana representa a la perfección la perdición en que los hombres se sumergen cuando sucumben a sus deseos. En esto reside la originalidad de su pensamiento, quizá solo comparable a la del marqués de Sade, que vislumbra en el deseo sexual la más pura expresión de la voluntad de la naturaleza. No es una mera frivolidad ni despecho en su vida personal, ni cabe despachar tales temas en términos *ad hominem* insinuando que un elemento central de su filosofía es mero producto de una frustración en su vida personal. No obstante, de ese tipo de argumentaciones está llena la academia actual.

En una ocasión discutí con un joven filósofo español los motivos de censura de algunos párrafos de un texto que había enviado a una editorial y en los que él trabajaba como revisor. Según él, estos párrafos resultaban ofensivos por su modo de exponer la condición femenina y debían censurarse. Yo le repliqué que mi línea de pensamiento sigue una tradición ampliamente extendida en el mundo de la filosofía, y puse como ejemplo a Schopenhauer. Él me contestó que las visiones sobre la mujer de este filósofo están superadas. Este joven filósofo es hoy el director-fundador de la revista *Schopenhaueriana* de la *Sociedad de Estudios en Español sobre Schopenhauer* (2016-). Me pregunto qué pensaría Don Arturo si viera que su filosofía es hoy difundida por quienes piensan que sus visiones están superadas. Supongo que no haría más que reconfirmar su visión pesimista del género humano, y en particular sobre la vida académica como se refiere en la primera sección de este artículo.

En la contraportada de un libro original en italiano, con introducción compilación de textos de Schopenhauer por Franco Volpi y traducido al español con título *El arte de tratar con las mujeres*, se nos dice:

Franco Volpi ha recopilado y ordenado una antología de textos y sentencias en las que el feroz misógino que fue Arthur Schopenhauer (1788-1860) expone sus ideas acerca del papel de la mujer en la existencia humana. Volumen proyectado con un espíritu lúdico que respira ya la misma introducción, su contenido resulta hoy, afortunadamente, un risible catálogo de consejos destinados a prevenir al varón frente a la ardua relación con el bello sexo o un repertorio de resentidas invectivas más motivo de curiosidad que otra cosa. Dependiendo del lector, sus líneas políticamente incorrectas moverán sin duda a sonrisa o a indignación. Sea una u otra, conviene, sin embargo, no perder de vista que el fondo que subyace tras muchas de estas sentencias es el que ha nutrido hasta hace muchos menos años de los que podríamos suponer buena parte de los pensamientos masculinos, y que posiblemente en muchos casos aún lo sigue haciendo.

Indudablemente, se pueden discutir y criticar muchos puntos de la filosofía de Schopenhauer, pero presentar su obra con estas palabras haciéndose pasar por un entendido y representante de su filosofía es como para que Schopenhauer se levante de su tumba, o como fantasma en los que creía, y cocee al risueño filosofastro.

Es inmensa la aportación de este filósofo. Un sistema del mundo que da respuesta global a la cuestión existencial. No hay materia como algo separado del observador que la representa, y no hay espíritu como algo diferente de la materia. Lo que hay en el mundo es un ente a la vez materia y espíritu, *voluntad*, cuya esencia es querer tal cual caballo desbocado y hacer que las múltiples partes del universo quieran tal cual marionetas, a través de lo que luego Freud llamaría el inconsciente en los seres humanos. La vida espiritual se halla en evadirse de tal espíritu cósmico, evadirse del deseo, y vivir en la mera contemplación pasiva alejada del mundanal ruido. Negar la vida con sus deseos es la máxima que guía a la materia en su máxima expresión de autoconciencia.

BIBLIOGRAFÍA

MORENO CLAROS, L. F.: *Arthur Schopenhauer: Conversaciones con Arthur Schopenhauer. Testimonios sobre la vida y obra del filósofo pesimista*, Barcelona, Ed. Acantilado, 2016 [CAS].

SCHOPENHAUER, A.: *Die Welt als Wille und Vorstellung*, 1819, 2ª. ed. 1844. Traducción al español aquí referida (de la 2ª. ed.): traducción de Eduardo Ovejero y Maury, *El mundo como voluntad y representación*, México, Ed. Porrúa, 1983 [MVR].

SCHOPENHAUER, A.: *Über die Wille in der Natur*, 1836, 2ª. ed. 1854. Traducción al español aquí referida: *Voluntad en la naturaleza*, Buenos Aires, Bureau Editor, 2001 [VN].

SCHOPENHAUER, A.: *Die beiden Grundprobleme der Ethik*, 1841. Traducción al español aquí referida: traducción de Pilar López de Santa María, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, Madrid, Siglo veintiuno, 1993 [DPFE].

SCHOPENHAUER, A.: *Parerga und Paralipomena. Kleine philosophische Schriften* 1851, 2ª. ed. post. Frauenstädt 1862. Traducción al español aquí referida (de 2ª. ed. Frauenstädt): traducción de Pilar López de Santa María, *Parerga y paralipómena*, Madrid, Ed. Trotta, 2 vols., 2006-2009 [PP].

SCHOPENHAUER, A., VOLPI, F. (trad. Fabio Morales García): *El arte de tratar con las mujeres*, Madrid, Alianza Editorial, 2011.